

rezoso al pie de las colinas. El progreso dejó oír allí sus escalabres sonoros, y al *fiat lux* de su acento parece que despiertan los llanos de su sueño legendario y preludian una oda a la civilización.

Son las diez de la mañana. Nuestro compañero, un llanero de formas atléticas, emprende la marcha y nosotros le seguimos.

—Nos iremos por el camino de arriba: es más incomodo pero más corto que el de abajo—dice flemáticamente. Cruzamos varios riachuelos y pocas horas después, llegamos al Guayuriba: sus aguas rugen estrépitosamente en su lecho de guijarros, y sus rugidos son como amenazas extrañas. Nuestro guía se lanza en su caballo al río y con indiferencia nos grita le sigamos. No sin hacerle algunas preguntas le obedecemos resignados, y al tocar en la ribera propuesta, nos invade una profunda satisfacción. Después de vadear los Acacias nos detenemos en un humilde bohío, para pernoctar. Una anciana se nos acerca: en su mirada hay una tristeza melancólica, sus pupilas tienen algo doloroso y flébil; en sus pestañas arqueadas y negras hay rastros de lágrimas recién enjugadas; sus labios dibujan una sonrisa amable y triste; y en las líneas de su rostro hay huellas de una belleza extinguida prematuramente. Su fisonomía nos atrae: su dolor nos interesa; y la interrogamos. Ella nos refiere su historia, una historia de sacrificios amargos, de luchas crueles y al terminar agrega: Hace tres años estoy sola... completamente sola... Mi esposo, un viejito muy bueno, también se fué, se fué para allá... y nos señala el cielo. Nos amábamos tanto...!

En los ojos de la anciana aparece un brillo extraño y una lágrima salta trémula a sus pestañas, se desliza por las mejillas rugosas, deteniéndose en el rictus de la boca y cae al suelo. Aquella escena nos llena de una vaga tristeza.

Despierta el día, un día triste y lluvioso. Nos despedimos de la anciana y continuamos la marcha a través de un bosque inmenso. A uno y otro lado del camino se levantan árboles gigantescos, cuyas copas altísimas parece que quisieran violar el imperio luminoso de los astros. El viaje es penoso, porque el camino está lleno de fango. A cortos intervalos se hallan inmensos troncos caídos que obstruyen la vía, como si la selva al verse profanada por el hombre quisiera oponerse a su paso, extendiendo sus brazos formidables. Horas y más horas de marcha, y siempre el mismo paisaje: árboles enormes, que unidos por parásitos floridos, forman arcos fantásticos; silencio profundo interrumpido a ratos por los gritos discordantes de los papagayos que, cual si fuesen centinelas del bosque, gritan afanosamente cuando ven un viajero; fuentes rumorosas y cristalinas que se deslizan armónicas bajo el ritmo perezoso de las frondas; y ríos imponentes que en una élgica aterradora

avanzan imponentes a través de la llanura ilimitada. Dejamos atrás el Orotoy y el Guamal; y luego de pasar Humadea, podemos contemplar en toda su extensión, la majestad salvaje de los Llanos.

La tarde muere en una agonía luminosa. Nuestro compañero exclama con regocijo: ve Ud., aquello es San Martín.

Allá, lejos, surgen sobre una alfombra de verdura, las casitas blancas, como aves silenciosas e inmóviles; y dominándolas a todas, se alza la iglesia, una iglesia pequeña y poética. Cercana al pueblo y como una alegoría de paz, se levanta una enorme Cruz de madera que, en su soledad, parece interrogar la penumbra indecisa de las soberbias pampas orientales, evocando el sangriento drama del Calvario. Y entramos en San Martín, una pequeña población de calles rectas y amplias; al recordar el inmenso y rico escenario que los Llanos ofrecen a la civilización, nos preguntamos: ¿por qué esta fertilidad palpitante se halla tan abandonada, en tanto que en las principales ciudades de la Patria se cruzan multitud de jóvenes en la indigencia, arrastrados por la corriente del vicio, y cuyos brazos hábiles y robustos todavía, podían levantar en el oriente de la República, un templo gigantesco al progreso?

A. NIÑO HEREDIA

Hielo del Arroz INFORME DE UNA COMISION

LA ENFERMEDAD: En términos generales se presenta del modo siguiente: una sementera de dos meses hasta entonces sana, en apariencia quiza, se ve casi de improviso con rodeles de un color grisoso; al examinar las matas de tales rodeles se las encuentra que tienen las hojas salpicadas de unas manchitas circulares las mayores de 0.005 de diametro; le parte de la hoja correspondiente a las manchas parece seca, los rodeles se hacen cada vez mas extensos hasta comprender toda o la mayor parte de la sementera, la que en seguida se seca, cayendo la mata sobre si misma convertida en un montoncito de paja podrida, que se desprende de su raíz al menor esfuerzo.

En otras ocasiones, en lugar de las manchas circulares, la planta principia a secarse por la punta de las hojas, al mismo tiempo que presenta manchas longitudinales alargadas y angostas de color que varia desde el amarillo oro hasta el paja seco, terminando como en la forma anterior por secarse la planta totalmente.

Cuando la enfermedad no es tan intensa, antes de extinguirse totalmente la planta principal, alcanza a reproducirse y dar coecha casi tan buena como en época normal.

No sucede esto de los dos meses en adelante; entonces la enfermedad

se presenta con caracteres análogos a los ya expuestos, pero, la pérdida de la planta es definitiva, puesto que en estas condiciones ataca tanto a la principal como a los renuevos.

Cuando la ataca en el periodo de florecencia o en el lactescente del grano, este es detenido en su desarrollo y se convierte en paja.

Cuando lo ataca en estado de consistencia del grano se detiene igualmente su desarrollo y produce un arroz de mala calidad.

Conjeturas acerca de las causas de la enfermedad recogidas entre las personas más observadoras.

1.ª) La cantidad de agua fluvia durante el invierno, época de la siembra, desarrollo de la planta, es muy abundante y empapa completamente el suelo; la acción solar en los días despejados de la misma época es muy intensa; al obrar el fuerte calor solar sobre la tierra muy humedecida produce la rápida evaporación del agua de la superficie del suelo, que determina un rápido enfriamiento al rededor de la planta que obra sobre la misma determinando la enfermedad.

2.ª) Un fuerte sol que obra sobre una sementera que detiene en sus hojas gotas de agua de lluvia o de rocío, al atravesar con sus rayos dichas gotas a manera de lentes seca las hojas y falta la planta de este importante elemento de vida, perece necesariamente.

3.ª) La tierra en que se hacen los cultivos es generalmente arenosa, de muy escasa capa vegetal y muy porosa; las lluvias muy abundantes disuelven y arrastran consigo los abonos naturales convertidos en cenizas por las quemas o los llevan por filtración a las capas profundas del subsuelo, adonde no alcanzan a penetrar las pequeñas y superficiales raíces de la planta; la siembra se hace colocando las matas muy cerca unas de otras y muy recargadas de semillas; al nacer, todas consumen el escaso alimento que la tierra les ofrece y la planta enferma y perece por falta de aquél.

4.ª) Se ha pensado también en una enfermedad microbiana o criptogámica introducida por la raíz o por las hojas.

Se ha observado que la enfermedad es mucho mas frecuente en los años en que no hay verano.

Son estas las principales, explicaciones que se han dado con respecto a las causas de la enfermedad, pero quienes las exponen lo hacen a manera de simples hipótesis.

El único remedio que se ha ensayado es el de cortar las matas cuando estas han sido atacadas antes de que aparecieran los renuevos secundarios, pero el mal no se contruyó y hasta sucedió que estos no